

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE GÁLATAS

Una revelación con respecto a la economía de Dios: “yo” soy crucificado en la muerte de Cristo, y Cristo vive en mí en Su resurrección (Mensaje 5)

Lectura bíblica: Gá. 2:19-20; 1 Co. 6:17; Jn. 14:19; 15:4

- I. Pablo escribió el libro de Gálatas conforme a la verdad y según la experiencia—2:5, 14; 4:16; 5:7; 1:15-16; 2:20; 4:19.
- II. La vida cristiana consiste en llevar una vida de unidad orgánica con Cristo—Jn. 15:4; Gá. 2:19-20:
 - A. Dios desea que la vida divina y la vida humana se unan, a fin de que las dos lleguen a ser una sola vida; esta unidad es una unión en vida—1 Co. 6:17.
 - B. La vida cristiana no es el intercambio de una vida por otra, o sea, no es el intercambio de una vida inferior por una más elevada, sino una vida injertada: el injerto de la vida humana en la vida divina y la mezcla de la vida humana con la vida divina—Ro. 11:24:
 1. En un injerto, dos vidas similares se unen y, luego, ambas crecen juntas orgánicamente; en un injerto espiritual, el cual es un proceso, dos vidas —la vida divina y la vida humana— son injertadas y llegan a ser una sola vida—Gn. 1:26; 2:7.
 2. Para que nosotros fuéramos injertados en Cristo, Él tuvo que pasar por el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección a fin de llegar a ser el Espíritu vivificante—Jn. 1:14; Mt. 1:1; 1 Co. 15:45.
 3. Cuando se nos infundió la preciosidad del Señor Jesús y comenzamos a apreciarle, fuimos injertados en Él; fuimos unidos a Cristo en Su resurrección y fuimos unidos a Él orgánicamente—6:17:
 - a. Al creer en Cristo y al ser bautizados en Él, fuimos injertados en Él—Jn. 3:15; Gá. 3:27.

- b. Hemos sido injertados en Aquel que no sólo es la descendencia, quien cumplirá la promesa de Dios, sino que también es el Espíritu vivificante, la bendición de la buena tierra—vs. 16, 14.
- 4. Nosotros, los que hemos sido regenerados, debemos llevar una vida injertada—Jn. 15:4:
 - a. Después que hemos sido injertados en Cristo, ya no debemos vivir más por nosotros mismos; más bien, debemos permitir que el Cristo *pneumático* viva en nosotros—Gá. 2:20.
 - b. Ya no debemos vivir por nuestra carne o por nuestro ser natural; en lugar de ello, debemos vivir por nuestro espíritu regenerado, un espíritu injertado en Cristo—1 Co. 6:17.
- 5. En la vida injertada, la vida divina opera para eliminar los elementos negativos y resucitar nuestro ser creado por Dios—1 Ts. 5:23; Ro. 8:10, 6, 11.
- 6. Mediante este injerto, somos unidos a Cristo, mezclados con Él e incorporados a Él, para llegar a ser en Él una incorporación divino-humana agrandada y universal, a saber, el Cuerpo de Cristo, el cual llevará la Nueva Jerusalén a su consumación—1 Co. 6:17; Jn. 15:4; 14:20; Ap. 21:2.
- III. En la unión orgánica que tenemos con Cristo, experimentamos estar muertos al principio de la ley y vivos para Dios—Gá. 2:19:
 - A. Estar muertos al principio de la ley significa ser librados de la ley a la cual estábamos sujetos; vivir para Dios significa estar ligados a Dios en la vida divina—Ro. 7:6:
 - 1. En la muerte de Cristo, nuestra obligación bajo la ley llegó a su fin—v. 4a.
 - 2. En la resurrección de Cristo, rendimos cuentas a Dios en la vida de resurrección—v. 4b.
 - B. Si no estamos verdaderamente unidos orgánicamente a Cristo, sino que nos hallamos en nosotros mismos, entonces no estamos ni muertos al principio de la ley ni vivos para Dios—1 Co. 1:30; Gá. 2:16-17:
 - 1. Estar muertos al principio de la ley y vivos para Dios conlleva la muerte y la resurrección de Cristo—Ro. 6:3-5; Col. 2:12.

- 2. Únicamente al estar nosotros injertados en Cristo a fin de que disfrutemos una unión orgánica con Él, podemos llegar a ser uno con Él en Su muerte y resurrección.
- C. En la unión orgánica que tenemos con Cristo, Su historia llega a ser nuestra historia—Gá. 2:20:
 - 1. Un aspecto de nuestra historia incluye la crucifixión, mediante la cual hemos sido cortados de todo lo que no es Dios—6:14.
 - 2. Otro aspecto de nuestra historia incluye la resurrección, en la cual hemos sido unidos al Dios Triuno—Ro. 6:5; Mt. 28:19.
- D. Cuando somos cortados de la ley por medio de la unión orgánica que tenemos con Cristo, espontáneamente vivimos para Dios—Gá. 2:19.
- E. Debido a que nosotros y Cristo somos uno solo, todo lo que le pertenece a Él es nuestro; mediante nuestra unión orgánica con Él, somos partícipes de todo lo que Él es y tiene—Ef. 3:8.
- IV. En Gálatas 2:20 vemos la verdad más básica con respecto a la economía neotestamentaria de Dios: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí:
 - A. Según la economía de Dios, nosotros ya no deberíamos seguir viviendo; más bien, Cristo debe vivir en nosotros:
 - 1. La economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado con Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección.
 - 2. El propósito que Dios tiene en Su economía consiste en que el Dios Triuno procesado se forje en nuestro ser para hacer de nosotros una nueva persona, un nuevo “yo”.
 - B. Como personas que han sido regeneradas, tenemos un viejo “yo” y un nuevo “yo”; el viejo “yo” ha llegado a su fin, mientras que el nuevo “yo” vive:
 - 1. El “yo” que ha llegado a su fin es el “yo” que no tenía divinidad.
 - 2. El “yo” que sigue viviendo es el “yo” al cual Dios se ha añadido.
 - 3. En el viejo “yo” no había nada de Dios, mientras que el nuevo “yo” recibió la vida divina.
 - 4. El viejo “yo” ha llegado a ser el nuevo “yo”, debido a que Dios como vida ha sido añadido a éste.

5. El nuevo “yo” es el “yo” que llegó a existir cuando el viejo “yo” fue resucitado y le fue impartido Dios.
- C. Nosotros y Cristo no tenemos dos vidas; más bien, tenemos una sola vida y un mismo vivir:
1. Nosotros vivimos por Él, y Él vive en nosotros—Jn. 6:57.
 2. Si nosotros no vivimos, Él no vive, y si Él no vive, nosotros tampoco podemos vivir.
 3. Cristo vive en nosotros al hacer y al permitir que nosotros vivamos con Él—14:19.
- D. “Yo”, la persona natural, se inclina a guardar la ley a fin de ser perfecto (Fil. 3:6), pero Dios desea que yo viva a Cristo a fin de que Dios sea expresado en mí por medio de Cristo; por tanto, la economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección.

MENSAJE CINCO

UNA REVELACIÓN CON RESPECTO A LA ECONOMÍA DE DIOS: “YO” SOY CRUCIFICADO EN LA MUERTE DE CRISTO, Y CRISTO VIVE EN MÍ EN SU RESURRECCIÓN

Gálatas no es un libro sencillo. Debemos abandonar el concepto de que Gálatas es un libro elemental, a fin de percatarnos de que contiene muchas revelaciones con respecto a la economía de Dios. En este mensaje, queremos prestar especial atención a dos versículos muy preciosos, Gálatas 2:19-20, que dicen: “Porque yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí”. Estos son dos de los versículos más importantes, no sólo de Gálatas, sino también de todo el Nuevo Testamento. Estos versículos nos muestran la esencia del vivir cristiano y nos revelan lo que verdaderamente significa llevar la vida cristiana.

El comienzo del versículo 19: “Porque yo por la ley he muerto a la ley”, tiene una meta, la cual es: “a fin de vivir para Dios”. ¿Cómo vivimos para Dios? La respuesta se halla en el versículo 20, donde el verbo “vive”, o “vivo”, se emplea cuatro veces. Primero dice: “Ya no vivo yo”, lo cual indica que no es el “yo” el que vive. Después dice: “Mas vive Cristo en mí”. En otras palabras, usted ya no vive, sino que Cristo es el que vive. Luego dice: “La vida que ahora vivo”, y después: “la vivo en la fe”. Por tanto, en este versículo vemos cómo llevar la vida cristiana.

Uno de los libros más conocidos que escribió Watchman Nee es *La vida cristiana normal*. Muchos de nosotros entramos en la vida de iglesia a causa de este libro. El párrafo de introducción dice:

¿Qué es la vida cristiana normal? ... Sin duda, un estudio de la Palabra escrita de Dios —tomando, por ejemplo, el Sermón de la montaña— debería llevarnos a preguntar si, de hecho, alguien ha llevado tal vida en la tierra, *salvo solamente el propio Hijo de Dios*. Pero en la última frase, se encuentra la respuesta a nuestra pregunta (*The Collected*

Works of Watchman Nee [Obras recopiladas de Watchman Nee], tomo 33, pág. 5).

No hay nadie en la tierra que pueda vivir la vida cristiana. El único que puede vivir tal vida es el mismo Hijo de Dios. El resto del libro está dedicado a la frase: “Ya no vivo yo”. La vida cristiana apropiada no consiste en llevar una vida regida por la ética, por los principios morales o por la ley; más bien, es una vida que llevamos en unión, en la unidad orgánica, con Cristo.

PABLO ESCRIBIÓ EL LIBRO DE GÁLATAS CONFORME A LA VERDAD Y SEGÚN LA EXPERIENCIA

Pablo escribió el libro de Gálatas conforme a la verdad y según la experiencia (2:5, 14; 4:16; 5:7; 1:15-16; 2:20; 4:19). Este libro aborda primero la verdad relacionada con el evangelio. El versículo 5 del capítulo dos nos muestra que Pablo defendía incondicionalmente la verdad del evangelio. Él no cedió a los judaizantes, ni siquiera por un momento, a fin de que permaneciese la verdad del evangelio. Luego leemos en el versículo 14 que cuando Cefas (Pedro) no andaba rectamente en cuanto a la verdad del evangelio, Pablo lo amonestó. Además, en 4:16 Pablo pregunta: “¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo, por deciros la verdad?”. En este libro Pablo mantuvo una perspectiva equilibrada al exponer la verdad del evangelio a los gálatas.

No obstante, este libro no sólo fue escrito conforme a la verdad, sino también según la experiencia. En 1:15-16 dice que a Dios le agradó revelar a Cristo en Pablo. Esto no fue algo objetivo ni doctrinal, sino algo que él pudo experimentar de forma subjetiva y práctica. Esta fue la experiencia de Pablo. Luego, en 2:20 leemos: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo”. Esto se refiere a algo que Pablo vivió y experimentó. Finalmente, en 4:19 dice que Cristo debe ser formado en nosotros. Por consiguiente, este libro nos revela la experiencia que tuvo Pablo, la cual asimismo pueden experimentar todos los cristianos.

LA VIDA CRISTIANA CONSISTE EN LLEVAR UNA VIDA DE UNIDAD ORGÁNICA CON CRISTO

La vida cristiana consiste en llevar una vida de unidad orgánica con Cristo (Jn. 15:4; Gá. 2:19-20). Son muchos los cristianos que desconocen esto. Algunos consideran que la Biblia es meramente un libro de historias. Otros, que han recibido más luz, piensan que la Biblia es un

libro de enseñanzas y doctrinas, donde se nos dice cómo hacer el bien, o cómo ser un buen esposo o una buena esposa. No obstante, la Biblia nos revela qué es la vida cristiana y nos la presenta claramente. La vida cristiana es una vida de unidad orgánica, esto es, llevamos la vida cristiana al permanecer unidos con Cristo mismo en la vida divina. Por tanto, Cristo es el significado y la esencia de la vida cristiana.

En Gálatas 2:19 Pablo dice: “Yo por la ley he muerto a la ley”. En nuestra experiencia, ¿estamos verdaderamente muertos al principio de la ley? ¿Cómo podemos estar muertos al principio de la ley? Según el Nuevo Testamento, la manera de ser librados de la ley es casarnos con Cristo. Un versículo correspondiente es Romanos 7:4, que dice: “Así también a vosotros, hermanos míos, se os ha hecho morir a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis unidos [casados] a otro”.

La verdadera salvación se encuentra en la persona de Cristo, tal como se muestra en todo el libro de Romanos. Jesucristo mismo es el evangelio. El evangelio predicado por Pablo gira en torno a Jesucristo. La verdadera salvación no se obtiene por medio de trucos ni métodos, sino mediante una persona: Cristo mismo. Si todavía nos hallamos en pecado, se debe a que estamos ligados a la persona equivocada. En Romanos 5 dice que estamos en Adán, y en el capítulo siete se afirma que para ser librados de Adán y morir a la ley, debemos casarnos con otra persona, a saber, Cristo.

El matrimonio es una unión. Consideren el ejemplo de una muchacha pobre que se casa con un hombre de alcurnia. La novia, antes de casarse, no tiene absolutamente nada: no tiene educación, ni dinero ni estirpe. Ella no es nada ni tiene nada. Sin embargo, el novio no sólo proviene de un linaje noble y rico y goza de una buena reputación, sino que también posee muchas riquezas y prestigio. Así que un día, la muchacha pobre capta la atención de este gran hombre y, posteriormente, se casan. Al contraer matrimonio con este hombre, la muchacha hereda todas las riquezas de la persona con quien se casó. A esto se refiere Pablo en Romanos 7:4. Estamos muertos a la ley a fin de que seamos unidos, no a Adán, sino a Cristo. Vencer es ser unidos a Cristo.

En *La vida que vence*, el hermano Nee dice: “¿Qué es la victoria? En la Biblia, la palabra victoria se menciona por primera vez en 1 Samuel 15:29, donde dice que la victoria no mentirá ni se arrepentirá. De hecho, la victoria es una persona” (pág. 37). La victoria no es un truco

ni un método; la victoria es la persona misma de Cristo. Por consiguiente, ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

En *La fe cristiana normal* (págs. 57-59), el hermano Nee emplea palabras muy particulares. Él dice que todas las otras religiones no se enfocan en una persona, sino, más bien, en enseñanzas y doctrinas. Pero la fe cristiana, sorprendentemente, habla de una sola persona, esto es, Cristo mismo. Sin Cristo, no hay fe cristiana. El hermano Nee también hace notar que todas las enseñanzas cristianas giran en torno a esta persona. Sin esta persona, no habría enseñanza cristiana. Esto es cierto. Sin Cristo, no habría enseñanzas con respecto a la santificación o a la justificación. Sin Él, no habría gozo, ni paz ni amor, porque todo ello está ligado a la persona de Cristo. Cuando poseemos a Cristo, somos victoriosos y reinamos en vida. Todo en la vida cristiana gira en torno a la persona viviente de Cristo.

El hermano Lee clasificó los libros del hermano Nee. Para él, algunos mensajes, como los que se publicaron en *Twelve Baskets Full* [Doce cestas llenas], no eran tan importantes como otros. Los libros que él consideró importantes los llamó “Mensajes centrales”. Estos mensajes centrales se encuentran en *The Collected Works of Watchman Nee* [Obras recopiladas de Watchman Nee], tomo 36. Todos estos mensajes giran en torno a Cristo mismo. Cristo es tanto nuestra sabiduría como nuestra santificación. Él es todas las cosas espirituales. Cristo, la persona, es nuestra propia salvación.

La vida cristiana no consiste en que nosotros vivamos dicha vida, sino en que Cristo viva en nosotros. Debemos olvidarnos de nosotros mismos y rendirnos, cuanto antes mejor. Tal vez digamos: “No puedo vivir la vida cristiana”. El Señor respondería: “Yo jamás esperé que lo lograras”. A Dios solamente le interesa una persona: Cristo. Si bien esto es admirable, sólo se trata del curso elemental “Vida cristiana 101”; en este mensaje queremos avanzar al curso “Vida cristiana 501”. Es un hecho maravilloso que la vida cristiana es Cristo mismo.

Gálatas 2:20 dice: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”, y después dice: “Y la vida que ahora vivo”. Aquí vemos que el “yo” que ya ha dejado de vivir, en realidad vive otra vez, pero de una manera diferente. Debemos ver que en este versículo se nos muestra una unión orgánica.

Ahora comparemos la traducción china con la traducción del inglés. En la *Versión Recobro* en chino, publicada en 1985, el hermano Lee tradujo Gálatas 2:20 exactamente igual que la versión en inglés.

Después, basado en su entendimiento de que el significado más profundo de fe conlleva una unión orgánica, él añadió algo. En la edición actual de la *Versión Recobro* en chino aparece en letra cursiva la frase “mediante una unión con Él”; de modo que este versículo dice: “La vida que ahora vivo, la vivo *mediante una unión con Él*, la fe del Hijo de Dios”. El pensamiento presentado aquí es profundo y nos da a conocer nuestra unión con Cristo.

**Dios desea que la vida divina y la vida humana se unan,
a fin de que las dos lleguen a ser una sola vida,
y esta unidad es una unión en vida**

Dios desea que la vida divina y la vida humana se unan, a fin de que las dos lleguen a ser una sola vida; esta unidad es una unión en vida (1 Co. 6:17).

**La vida cristiana no es el intercambio de una vida por otra,
o sea, no es el intercambio de una vida inferior
por una más elevada, sino una vida injertada:
el injerto de la vida humana en la vida divina
y la mezcla de la vida humana con la vida divina**

La vida cristiana no es el intercambio de una vida por otra, o sea, no es el intercambio de una vida inferior por una más elevada, sino una vida injertada: el injerto de la vida humana en la vida divina y la mezcla de la vida humana con la vida divina. En Romanos 11 se nos muestra el cuadro maravilloso de un olivo silvestre (v. 24). Las ramas son cortadas del olivo silvestre e injertadas en el olivo cultivado.

En la estrofa 3 de *Himnos*, #200, escrito por A. B. Simpson, dice: “El secreto de la siega, / Muerto el grano vida da; / Y el árbol injertado, / Rica vida obtendrá”. Probablemente A. B. Simpson escribió esta estrofa teniendo en mente el cuadro de Romanos 11. La verdadera clave de la santificación y del vivir cristiano consiste en que no vivamos por nuestra propia cuenta, sino en que seamos injertados en un árbol mejor. Entonces, por medio de tal injerto, obtenemos una vida más dulce y más rica. En un injerto, dos vidas similares se unen y, luego, ambas crecen juntas orgánicamente. En un injerto espiritual, el cual es un proceso, dos vidas —la divina y la humana— son injertadas y llegan a ser una sola vida.

A fin de que nos concentremos en lo que atañe a la vida injertada, quisiera enumerar unos puntos relacionados con el injerto. Primero,

consideremos la clase de vida que teníamos antes de poseer a Cristo. Nosotros teníamos la vida del olivo silvestre. Génesis 1:26 dice que el hombre fue creado a la imagen de Dios y conforme a Su semejanza. De entre todas las vidas que existen en este universo, la vida que el hombre posee es la única vida que fue creada a la imagen de Dios y conforme a Su semejanza. *Imagen* se refiere a los atributos interiores o la expresión interna. *Semejanza* no se refiere sólo a la forma externa, sino principalmente a la posición y expresión que manifestamos.

En *Life Messages* [Mensajes de vida] (tomo 2, pág. 153), el hermano Lee usa el siguiente ejemplo, al decir: “Si yo brinco y salto en la plataforma, mi imagen me expresa a mí, pero mi semejanza es la de un ciervo”. El hombre fue creado a la imagen de Dios y conforme a Su semejanza, debido a que Dios desea que el hombre sea una réplica de Él mismo y que posea Su misma vida. Con este fin, Él creó un espíritu en el hombre. Dicho espíritu fue creado de una manera especial, es decir, fue creado con el aliento de Dios. El aliento de Dios es algo muy semejante a Dios, pero no es Dios mismo. Ninguna otra criatura fue creada de este modo. Dios creó al hombre de esta manera especial a fin de que la vida humana pudiera ser una réplica de Dios, Su copia, Su duplicación y, finalmente, un vaso para contenerle a Él mismo.

Romanos 9 dice que somos vasos para honra (v. 21) y vasos para gloria (v. 24) a fin de contener a Dios. Así que, la vida humana fue creada con el fin de contener a Dios y, finalmente, expresarlo. Hoy en día, la ciencia ha avanzado sobremanera. Quizás sea posible producir un robot que se parezca externamente a nosotros en casi todo aspecto, pero no es posible crear algo que nos exprese o que contenga nuestra vida. No obstante, Dios creó la vida humana para que ésta le contuviera y le expresara. Si bien la vida humana es muy parecida a Dios, el hombre cayó y se corrompió, ya que el pecado y la muerte entraron en él. La vida humana llegó a ser pecaminosa, corrupta e independiente de Dios, de modo que no tiene nada que ver con Él. Este es el olivo silvestre.

El segundo punto relacionado con el injerto consiste en ser cortados o separados del olivo silvestre. Un día creímos en el Señor Jesús e invocamos Su nombre; en ese día, fuimos cortados, separados, del olivo silvestre. Recuerdo el día en que recibí al Señor. Cuando lo recibí, algo en mí fue cortado. Todavía seguía siendo yo; todavía era una persona, un ser humano, pero experimenté un corte profundo. Un olivo silvestre y una rama del olivo silvestre tienen la misma estructura

celular, la misma corteza y la misma madera, pero también son muy diferentes; la rama del olivo silvestre, después de ser cortada del árbol, ya no recibe la vida del mismo. Gálatas 3:27 dice que fuimos bautizados en Cristo. Cuando fuimos bautizados en Cristo, algo fue cortado. Seguimos siendo nosotros, pero experimentamos que fuimos cortados.

El tercer punto consiste en que esta rama del olivo silvestre, una vez cortada del árbol, está lista para ser injertada en la abertura o hendidura del olivo cultivado. Primero la rama es cortada y separada de todo lo negativo. De esta manera, hay una abertura que será injertada en la hendidura del olivo cultivado. Cuando las dos aberturas se unen, se besan. No estamos hablando de un beso de “boca a boca”, sino de un beso de “herida a herida”. Nuestra abertura se unió a la abertura de Cristo; las dos aberturas se unieron. En el día de nuestra salvación, el Señor nos mostró Su amor. Juan 19:34 dice: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua”. Este es el fluir del amor, de la misericordia y de la vida divina. El Señor abrió Su ser a nosotros y, al mismo tiempo, nosotros abrimos nuestro ser a Él. Dijimos: “Señor Jesús, abro mi ser a Ti”. Nunca habíamos abierto nuestro ser a Dios, pero en ese momento, fuimos conmovidos y nuestro corazón se derritió, nos arrepentimos y nos unimos a Él. Los dos —nosotros y el Señor— nos besamos.

Recientemente encontré un excelente himno titulado *Here is Love* [Aquí está el amor]. Este fue uno de los himnos más importantes que se cantó durante el avivamiento galés, en el cual se habla del beso que Dios le da el hombre:

“En el monte de la crucifixión,
Se abren fuentes profundas y anchas;
Por las puertas de la misericordia de Dios
Fluyó una corriente vasta y llena de gracia.
La gracia y el amor, como ríos poderosos,
Se derramaron incesantes desde arriba,
Y la paz del cielo y la justicia perfecta
Besaron en amor a un mundo culpable”.

Este cuadro excelente nos muestra cómo el Salvador vino a nosotros y nos besó, de modo que las dos heridas se unieron.

Fuimos unidos al olivo cultivado. Debemos percatarnos de que el Señor Jesús ha sido procesado. En dicho proceso, el Señor pasó por la encarnación, en la cual llevó una vida humana, una vida tal como

la nuestra. Este hecho marca el comienzo de la salvación que el Señor efectuó. La salvación no comenzó en el Calvario, sino en el momento en que el Señor participó de la vida humana. Además, Él vivió en la tierra por treinta y tres años y medio, y experimentó una muerte maravillosa y todo-inclusiva. El secreto respecto a llevar una vida que vence consiste en ver que Cristo ha muerto y que Su muerte dio fin a todas las cosas negativas del universo. Además, el Señor Jesús resucitó. En 1 Pedro 1:3 dice que fuimos regenerados en Su resurrección, y Efesios 2:6 dice que fuimos resucitados juntamente con Él. Estábamos muertos, pero fuimos resucitados juntamente con Él en Su resurrección.

Romanos 6:5 dice: “Porque si siendo injertados en El hemos crecido juntamente con El en la semejanza de Su muerte, ciertamente también lo seremos en la semejanza de Su resurrección”. El Señor Jesús pasó por un proceso, y ahora estamos creciendo juntos en la semejanza de Su resurrección. Hemos sido injertados en la vida de Cristo. No sólo estamos casados con Él, sino que también hemos sido injertados en Él. Ahora ambos estamos unidos, y dicha unión estimula el proceso de crecimiento. En el momento en que nos unimos al Señor, comenzamos a crecer en la vida divina. Hoy en la medicina moderna existe el injerto de piel. Los médicos pueden trasplantar la piel de usted a la mía, pero la clave está en que ambas tienen que crecer juntas. Si no ocurre así, la piel injertada será rechazada y no servirá para nada. Al instante en que nos unimos a Cristo, las dos vidas comenzaron a crecer juntas.

Al crecer juntos, nosotros tenemos nuestra vida y el Señor tiene la Suya, pero las dos vidas se unen como una sola vida. Esta es la relación más profunda que existe entre Dios y el hombre. En *Life Messages* [Mensajes de vida, tomo 2, pág. 143], el hermano Lee dice que esta es “la máxima relación entre Dios y nosotros”. No se trata simplemente de que el hombre adore a Dios, ni que el hombre sea reconciliado jurídicamente con Él, sino que el hombre se una orgánicamente a Dios a fin de que formen una sola entidad.

En un injerto, dos vidas similares se unen, y luego, ambas crecen juntas orgánicamente; en un injerto espiritual, el cual es un proceso, dos vidas —la vida divina y la vida humana— son injertadas y llegan a ser una sola vida

En un injerto, dos vidas similares se unen y, luego, ambas crecen juntas orgánicamente; en un injerto espiritual, el cual es un proceso,

dos vidas —la vida divina y la vida humana— son injertadas y llegan a ser una sola vida (Gn. 1:26; 2:7). Dos entidades distintas pueden unirse entre sí sólo cuando ambas poseen vidas similares. Por ejemplo, es imposible unir un durazno con un banano, ya que los dos árboles poseen dos vidas completamente distintas. El injerto es posible sólo si las dos vidas son similares. Es un hecho maravilloso que nuestra vida y la de Cristo son muy parecidas. Si bien somos seres humanos, hemos recibido el elemento divino. Cristo es divino, pero se hizo hombre. Por tanto, nosotros somos humanos y divinos, y Cristo es divino y humano. De este modo, lo humano y divino se une a lo divino y humano, y las dos vidas pueden crecer juntas.

Para que nosotros fuéramos injertados en Cristo, Él tuvo que pasar por los procesos de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección a fin de llegar a ser el Espíritu vivificante

Para que nosotros fuéramos injertados en Cristo, Él tuvo que pasar por los procesos de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión y la resurrección a fin de llegar a ser el Espíritu vivificante (Jn. 1:14; Mt. 1:1; 1 Co. 15:45). Este es nuestro Dios en la actualidad. Él ha pasado por estos procesos para llegar a ser el Espíritu vivificante. Los primeros dos capítulos de Gálatas hablan de Cristo, y los últimos cuatro, del Espíritu. En el capítulo uno y dos se hace mención de Cristo, quien ha pasado por ciertos procesos para llegar a ser el Espíritu mencionado en los capítulos del tres al seis. Al ser bautizados en Él, nos unimos a Él de modo orgánico, y mediante dicha unión somos cortados y separados de todo lo que no es Cristo. Según el ejemplo que usé anteriormente, en el que una muchacha pobre se casa con un hombre rico, entendemos que mediante el matrimonio ella es cortada de su vida anterior, muere a dicha vida y, como resultado, no hay nada que la vincule a la misma. Cuando nos unimos a Cristo, la muerte de Cristo nos une a Él y nos separa de todo lo que no es Cristo. Ciertamente estamos muertos a la ley, pero según Gálatas 6:14, también estamos muertos al mundo; además, morimos al pecado, a la carne, a Satanás y a todo aquello que no es Cristo. Al unirnos a la muerte de Cristo, nos unimos a Cristo mismo. En este corte morimos no sólo a la ley, sino también a todo lo que no es Dios.

*Cuando se nos infundió la preciosidad del Señor Jesús
y comenzamos a apreciarle, fuimos injertados en Él;
fuimos unidos a Cristo en Su resurrección
y fuimos unidos a Él orgánicamente*

Cuando se nos infundió la preciosidad del Señor Jesús y comenzamos a apreciarle, fuimos injertados en Él; fuimos unidos a Cristo en Su resurrección y fuimos unidos a Él orgánicamente (1 Co. 6:17). El protestantismo nos ha dado una Biblia que sólo nos presenta verdades objetivas. Le doy gracias al Señor por Martín Lutero, quien dijo que la Biblia era su libro más amado. Por medio de él, el Señor recobró la verdad relacionada con la justificación por la fe. Sin embargo, la economía neotestamentaria de Dios es una persona viviente, y dicha persona debe entrar en nosotros, forjarse en nosotros y unirse orgánicamente a nosotros para que Él y nosotros llevemos un solo vivir. Si bien nosotros vivimos, no vivimos por nosotros mismos, sino que Cristo vive en nosotros.

Cuando dos vidas se unen, éstas crecen juntas. La vida cristiana requiere de nuestra cooperación, pero no tiene nada que ver con nuestra vida humana caída; antes bien, la vida humana es cortada desde su raíz, y luego, es unida a Cristo mismo. Por tanto, mientras llevamos la vida cristiana, no somos aniquilados, sino que seguimos viviendo; no obstante, no vivimos por nosotros mismos, sino por otra vida.

La vida injertada muestra seis aspectos de esta realidad. En primer lugar, la rama injertada no cesa de vivir, sino que vive por otra vida. La vida cristiana no consiste en que cesemos de vivir; más bien, seguimos viviendo, pero vivimos por otra vida.

En segundo lugar, el árbol vive en la rama. Podemos decir que la vida del árbol se manifiesta en las ramas. Así, se trata de una vida en la cual el árbol vive en las ramas. La vida cristiana simplemente consiste en una vida en la cual Cristo vive en nosotros.

En tercer lugar, el árbol no vive por sí mismo, sino mediante las ramas. Podemos decirle al Señor: “Sin Ti, no puedo vivir”. No obstante, el Señor también nos diría: “Hombre, sin ti Yo tampoco puedo vivir”. Por tanto, el árbol vive mediante las ramas, y no por sí mismo.

En cuarto lugar, el árbol y las ramas comparten una sola vida y un mismo vivir. En Juan 6:57, el Señor Jesús dijo: “Me envió el Padre viviente, y Yo vivo por causa del Padre”. El Señor y el Padre compartieron un solo vivir. El Padre vivía, y el Señor Jesús también vivía. El árbol

y las ramas —dos vidas— llegan a ser una sola vida y manifiestan un solo vivir, tal como el Señor y el Padre expresaron un solo vivir. La verdadera vida cristiana consiste en un solo vivir, un vivir juntamente con Cristo.

En quinto lugar, la calidad superior del árbol subyuga las ramas y las absorbe. En otras palabras, la vida que se encuentra en el árbol aniquila todas las deficiencias e imperfecciones de las ramas. Estas deficiencias se originaron en la caída del hombre. Por tanto, la salvación que Dios efectúa primero redime y salva nuestra vida humana. La salvación nos rescata de llevar una vida pobre y corrupta. La salvación no sólo resuelve jurídicamente todos los problemas que tenemos con Dios, sino que también nos salva de vivir una vida inferior. Por muy bondadosos que seamos, si no tenemos a Cristo, seguiremos manifestando una vida inferior. La vida del olivo silvestre es inferior; no es nada comparada con la vida del olivo cultivado, la cual es más dulce y más rica. La vida humana que Dios creó ahora contiene el elemento caído, el cual Dios absorbe, y también contiene el elemento natural, el cual Dios eleva.

En sexto lugar, las ramas florecen en el árbol al ser elevadas, transformadas, fortalecidas, vivificadas y saturadas por la vida del árbol. Las ramas no florecen por sí mismas, sino por la vida que está en el árbol. La vida que está en el árbol suple a las ramas, las vivifica, las lleva a un nivel más elevado e incluso se expresa en ellas. En esto consiste la verdadera vida cristiana: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gá. 2:20). La fe es la apreciación que sentimos por el Hijo de Dios. Cuando lo vemos a Él, tenemos fe en Él.

Si verdaderamente vemos, el hecho de ver llega a ser nuestra capacidad de creer. El Hijo de Dios es quien me amó y se entregó a Sí mismo por mí. Debemos ver que Aquel a quien estamos unidos, es Aquel que nos amó. Una vez veamos esto, tendremos fe. La fe no consiste en inventar una fórmula ni tampoco consiste en ejercitarnos mentalmente; la fe consiste simplemente en ver el paisaje.

Si alguien nos ofreciera una propiedad que todavía no hemos visto, de seguro que no pagaríamos nada por ella; sin embargo, una vez que la veamos y apreciemos su belleza, tendremos fe. Entonces estaremos listos para firmar el cheque. Al ver el paisaje, entonces creemos. Debemos ver el olivo cultivado, el verdadero esposo y el Espíritu consumado. Una vez que veamos la muerte todo-inclusiva de Cristo, seremos

cortados. Esta es la fe. La fe no se refiere simplemente a algo objetivo. La fe surge en nosotros cuando vemos, percibimos y recibimos la revelación de la preciosidad de Cristo. De esta manera, en nosotros se realizará un proceso orgánico.

*Al creer en Cristo y al ser bautizados en Él,
fuimos injertados en Él*

Al creer en Cristo y al ser bautizados en Él, fuimos injertados en Él (Jn. 3:15; Gá. 3:27). En Gálatas 3:27 dice: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. El bautismo consiste en que seamos introducidos en Cristo. Esto quiere decir que en el momento en que somos bautizados, entramos en una unión orgánica con Él, es decir, nos unimos a Él. En Mateo 28:19 dice que somos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y en la nota 4 [*Versión Recobro*] del mismo versículo, el hermano Lee dice que la preposición griega traducida “en” implica una “unión espiritual y mística”. Por tanto, el bautismo equivale a la acción de unir; al ser bautizados, entramos en una unión espiritual y mística en la cual somos puestos en Cristo. No podemos decir que hemos sido puestos en Abraham Lincoln, Plato o Sócrates; sin embargo, al ser bautizados, hemos sido introducidos en el Cristo todo-inclusivo. Al creer en Cristo y al ser bautizados en Él, hemos sido injertados en Él.

*Hemos sido injertados en Aquel que no sólo es la descendencia,
quien cumplirá la promesa de Dios, sino que también
es el Espíritu vivificante, la bendición de la buena tierra*

Hemos sido injertados en Aquel que no sólo es la descendencia, quien cumplirá la promesa de Dios, sino que también es el Espíritu vivificante, la bendición de la buena tierra (Gá. 3:16, 14). Gálatas 2 habla de la unión orgánica, mientras que Gálatas 3, de la descendencia. El versículo 16 dice que Cristo es la descendencia única. Cristo es la descendencia y, como tal, es la simiente de Abraham. Nosotros también hemos llegado a ser la descendencia de Abraham. Esto lo confirma el versículo 29, que dice: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendencia de Abraham sois, y herederos según la promesa”. La primera descendencia es Cristo mismo y, como tal, Él es tanto el que cumple todas las promesas como el que las hereda. La mayor promesa que se le dio a Abraham fue la promesa de la buena tierra. La buena tierra es dada únicamente a la descendencia.

La tierra es Cristo, y la descendencia también es Cristo. Por tanto, Cristo es tanto la herencia como el Heredero. Él es la buena tierra, y Él es también Aquel que, como la descendencia, hereda la buena tierra. Este es el Espíritu vivificante, y es así como entramos en una unión orgánica con Él. Al unirnos a la descendencia, somos partícipes de todo lo que ésta posee. La herencia le pertenece únicamente a la descendencia, pero debido a que estamos unidos a la descendencia, nosotros también somos hijos de Abraham y participamos de tal herencia. Al ser unidos orgánicamente a Él, somos tanto los hijos de Dios como los hijos de Abraham. Pertenece a la casa del Dios-hombre. Somos hijos de Dios e hijos de Abraham. Nuestros antepasados no sólo se remontan hasta Abraham, sino también hasta Dios mismo. Estamos unidos a Él, la descendencia, de tal modo que todas las promesas que la descendencia cumple se han convertido en nuestra herencia.

Si seguimos viviendo conforme a la ley, esto llega a ser un obstáculo. La fe fortalece nuestra unión orgánica con Cristo, mientras que la ley obstaculiza dicha unión. Gálatas 5:4 dice que siempre que regresamos a la ley, somos “reducidos a nada, separados de Cristo”. La versión *American Standard* usa la palabra “cortado”, mientras que *Darby’s New Translation* lo explica de la siguiente manera: “Ser privados de todos los privilegios”. Al volver a la ley, somos privados de todos los privilegios que nos otorga dicha unión orgánica. Necesitamos simplemente permanecer en la fe. Debemos continuar mirando la escena panorámica a fin de permanecer en la infusión que fortalecerá esta unión orgánica. La vida del árbol continuará manifestándose en las ramas, y las ramas y el árbol experimentarán un solo vivir.

*Nosotros, los que hemos sido regenerados,
debemos llevar una vida injertada*

Nosotros, los que hemos sido regenerados, debemos llevar una vida injertada (Jn. 15:4). La verdadera vida cristiana no consiste en que usted viva solo o en que Cristo viva solo, sino en que “usted-Cristo” viva. La verdadera vida cristiana tampoco es como la vida que llevan los anfibios, en la que a veces viven en el agua y otras veces en la tierra, o sea, no se trata de que a veces vivamos en Cristo y otras veces vivamos en nosotros mismos; más bien, la vida cristiana es una vida injertada. Dicha vida tampoco es una vida simbiótica. La palabra “simbiótica” se refiere a dos vidas distintas que viven juntas y en mutua dependencia. Por ejemplo, un rinoceronte no puede rascarse las orejas,

así que un pajarito desempeña esta función, y al hacerlo, el pajarito encuentra alimento para sí. El hecho de que estemos en Cristo no tiene nada que ver con esta clase de relación simbiótica. Nosotros vivimos juntamente con Cristo. En *Himnos*, #205, se describe de la siguiente manera: “Así soy siempre el mismo yo, / Mas a la vez también soy Tú”. En esto consiste el secreto del vivir cristiano, el cual es una vida injertada. Nosotros oramos: “Señor, te necesito cada día”, y el Señor dice: “Hombre, te necesito cada día”. Nosotros decimos: “Te necesito para que seas mi vida, Señor”, y el Señor dice: “Te necesito a fin de que tú seas mi expresión”. No somos los parásitos del Señor; no llevamos una vida de parásitos, sino una vida injertada. Él vive por medio de nosotros, y nosotros vivimos por causa de Él. Nosotros, los que hemos sido regenerados, vivimos por esta vida injertada y permanecemos en ella.

Después que hemos sido injertados en Cristo, ya no debemos vivir más por nosotros mismos; más bien, debemos permitir que el Cristo pneumático viva en nosotros

Después que hemos sido injertados en Cristo, ya no debemos vivir más por nosotros mismos; más bien, debemos permitir que el Cristo *pneumático* viva en nosotros (Gá. 2:20).

Ya no debemos vivir por nuestra carne o por nuestro ser natural; en lugar de ello, debemos vivir por nuestro espíritu regenerado, un espíritu injertado en Cristo

Ya no debemos vivir por nuestra carne o por nuestro ser natural; en lugar de ello, debemos vivir por nuestro espíritu regenerado, un espíritu injertado en Cristo. En 1 Corintios 6:17 dice: “Pero el que se une al Señor, es un solo espíritu con El”. El espíritu humano con el cual fue creado el hombre se parece mucho a Cristo, quien es el Espíritu. Por eso, cuando Cristo entra en nosotros, Él puede morar en nuestro espíritu, y los dos viven como una sola entidad e incluso son uno solo.

En la vida injertada, la vida divina opera para eliminar los elementos negativos y resucitar nuestro ser creado por Dios

En la vida injertada, la vida divina opera para eliminar los elementos negativos y resucitar nuestro ser creado por Dios (1 Ts. 5:23; Ro. 8:10, 6, 11). No debemos hacer nada —olvidémonos de trabajar—, ya que cuanto más intentemos hacer algo, más obstaculizamos esta unión orgánica. Simplemente debemos vivir en dicha unión y permanecer en

ella. En *Himnos*, #222 dice: “Con El puedo permanecer / En la vida siendo un pámpano fiel”. El hecho de que permanezcamos en Él constituye una incorporación mutua. No sólo estamos unidos a Él y mezclados con Él, sino que también estamos incorporados a Él. Esta incorporación es la manifestación de la unión orgánica. En dicha unión orgánica, nosotros estamos en Él y Él está en nosotros. Al estar recíprocamente el uno en el otro, los elementos negativos que están en nosotros son eliminados.

Mediante este injerto, somos unidos a Cristo, mezclados con Él e incorporados a Él, para llegar a ser en Él una incorporación divino-humana agrandada y universal, a saber, el Cuerpo de Cristo, el cual llevará la Nueva Jerusalén a su consumación

Mediante este injerto, somos unidos a Cristo, mezclados con Él e incorporados a Él, para llegar a ser en Él una incorporación divino-humana agrandada y universal, a saber, el Cuerpo de Cristo, el cual llevará la Nueva Jerusalén a su consumación (1 Co. 6:17; Jn. 15:4; 14:20; Ap. 21:2).

**EN LA UNIÓN ORGÁNICA QUE TENEMOS CON CRISTO,
EXPERIMENTAMOS ESTAR MUERTOS AL PRINCIPIO DE LA LEY
Y VIVOS PARA DIOS**

En la unión orgánica que tenemos con Cristo, experimentamos estar muertos al principio de la ley y vivos para Dios (Gá. 2:19). Podemos ser librados de la ley solamente al ser cortados por Dios y ser unidos a Él. Por naturaleza, somos las ramas del olivo silvestre. Tal vez digamos: “Hubiera preferido no ser un olivo silvestre. Preferiría mantenerme alejado de dicho árbol, pues no me gusta esta especie”. Sin embargo, no tenemos otra opción; pertenecemos a la especie del olivo silvestre. Sólo mediante la muerte podemos ser separados de nuestra especie. Podemos estar muertos al principio de la ley sólo si morimos. De hecho, la verdadera muerte ocurrió en el Calvario. Cuando Cristo murió, nosotros morimos; y cuando Cristo murió, fuimos unidos a Él. Una vez que somos unidos a Él, podemos decir: “Hasta luego olivo silvestre. No te debo nada. Ya no tienes nada que ver conmigo. Estoy muerto para ti y ya no tengo ninguna obligación ante ti. Ahora rindo cuentas al olivo cultivado. Su vida es mi vida, y únicamente respondo a Cristo mismo”.

El resultado del principio subyacente a la ley es muerte. Por tanto,

Cristo pasó por la muerte. Aunque fue Cristo el que murió, nosotros, de hecho, hemos muerto en Él, no con relación al aspecto jurídico sino con relación al aspecto orgánico. La vida es orgánica, y la muerte también. Fuimos separados orgánicamente de la vieja vida, el viejo “yo”, cuando morimos en la muerte de Cristo; ahora necesitamos rendir cuentas sólo a Cristo mismo.

Cuando éramos jóvenes, algunos de nosotros hicimos todo lo posible por estar muertos al principio de la ley. Incluso muchos libros dicen que, según Romanos 6:11, debemos considerarnos muertos. Watchman Nee dijo que “considerar” significa “reconocer” un saldo tomando en cuenta los débitos y los créditos. Sin embargo, cuanto más nos considerábamos muertos, más nos parecía estar vivos. El problema no radica en la enseñanza del hermano Nee, sino en nosotros mismos, pues pusimos nuestro énfasis en el acto de considerar, tomándolo como un método. La salvación es efectuada por medio de la muerte de Cristo. Él murió; cuando por fe vemos esto, recibimos la visión y estamos muertos al principio de la ley.

Permítanme usar como ilustración ver el Gran Cañón, el Cañón del Colorado. Si yo les llevará allí y les dijera: “Consideremos cómo ver el Gran Cañón. Estudiemos las distintas maneras de ver este lugar. ¿Deberíamos verlo con un ojo o con los dos, con el ojo izquierdo o con el derecho? ¿Deberíamos verlo con prismáticos o sin ellos?”. Eso sería ridículo. Olvidémonos de la manera en que tenemos que mirarlo y simplemente contemplémoslo. Olvidémonos de cómo considerarnos muertos y simplemente miremos la muerte de Cristo. Una vez que la veamos, la fe entrará en nosotros y estaremos muertos al principio de la ley. Por la ley, es decir, mediante la muerte de Cristo que satisfizo los requisitos de la ley, hemos muerto al principio de la ley, hemos muerto orgánicamente, a fin de que vivamos orgánicamente, al ser unidos a Dios en una unión orgánica en Él. No necesitamos considerarnos muertos, sino que simplemente al mirar la muerte de Cristo, experimentamos la muerte.

Estar muertos a la ley significa ser librados de la ley a la cual estábamos sujetos, y vivir para Dios significa estar ligados a Dios en la vida divina

Estar muertos a la ley significa ser librados de la ley a la cual estábamos sujetos; vivir para Dios significa estar ligados a Dios en la vida divina (Ro. 7:6). Si somos ramas de un olivo silvestre que han sido

injertadas en el olivo cultivado, ¿acaso no estamos ligados a la vida de ese olivo cultivado? Seguramente responderemos a dicho olivo, llevaremos su fruto y viviremos por él. Es así como estamos ligados a Dios, no de forma legal, sino orgánicamente.

*En la muerte de Cristo,
nuestra obligación bajo la ley llegó a su fin*

En la muerte de Cristo, nuestra obligación bajo la ley llegó a su fin (v. 4a). Ya no rendimos cuentas a ese árbol viejo.

*En la resurrección de Cristo,
rendimos cuentas a Dios en la vida de resurrección*

En la resurrección de Cristo, rendimos cuentas a Dios en la vida de resurrección (v. 4b). Nuestra sujeción a la ley era una obligación orgánica, la cual ha llegado a su fin por medio de la muerte. Nuestra responsabilidad ante Dios ahora es una responsabilidad orgánica, conforme a la cual rendimos cuentas a Cristo mismo.

**Si no estamos verdaderamente unidos orgánicamente a Cristo,
sino que nos hallamos en nosotros mismos,
entonces no estamos ni muertos al principio de la ley
ni vivos para Dios**

Si no estamos verdaderamente unidos orgánicamente a Cristo, sino que nos hallamos en nosotros mismos, entonces no estamos ni muertos al principio de la ley ni vivos para Dios (1 Co. 1:30; Gá. 2:16-17). En la esfera natural es imposible experimentar lo que se describe en Gálatas 2:19; por nuestra propia cuenta, no podemos morir a nosotros mismos ni tampoco al principio de la ley.

*Estar muertos al principio de la ley y vivos para Dios
conlleva la muerte y la resurrección de Cristo*

Estar muertos al principio de la ley y vivos para Dios conlleva la muerte y la resurrección de Cristo (Ro. 6:3-5; Col. 2:12).

*Únicamente al estar nosotros injertados en Cristo
a fin de que disfrutemos una unión orgánica con Él,
podemos llegar a ser uno con Él en Su muerte y resurrección*

Únicamente al estar nosotros injertados en Cristo a fin de que disfrutemos una unión orgánica con Él, podemos llegar a ser uno con Él

en Su muerte y resurrección. Necesitamos olvidarnos de nuestros propios esfuerzos y prestar atención únicamente a Su muerte y Su resurrección. Cuando estamos unidos a Él orgánicamente, entonces somos partícipes de este injerto.

**En la unión orgánica
que tenemos con Cristo,
Su historia llega a ser nuestra historia**

En la unión orgánica que tenemos con Cristo, Su historia llega a ser nuestra historia (Gá. 2:20). Esta no es la historia de unos aristócratas; más bien, nuestra historia se remonta hasta Abraham, e incluso hasta Dios mismo. Esta es nuestra herencia, nuestra estirpe y nuestro linaje.

*Un aspecto de nuestra historia incluye la crucifixión,
mediante la cual hemos sido cortados
de todo lo que no es Dios*

Un aspecto de nuestra historia incluye la crucifixión, mediante la cual hemos sido cortados de todo lo que no es Dios (6:14). Esta muerte pone fin a todo lo que no es Dios, a saber: el viejo hombre, el yo y la carne.

*Otro aspecto de nuestra historia incluye la resurrección,
en la cual hemos sido unidos
al Dios Triuno*

Otro aspecto de nuestra historia incluye la resurrección, en la cual hemos sido unidos al Dios Triuno (Ro. 6:5; Mt. 28:19).

**Cuando somos cortados de la ley por medio
de la unión orgánica que tenemos con Cristo,
espontáneamente vivimos para Dios**

Cuando somos cortados de la ley por medio de la unión orgánica que tenemos con Cristo, espontáneamente vivimos para Dios (Gá. 2:19). En la esfera física, la acción de cortar y unir ocurren por separado, pero en la esfera espiritual, ambas acciones ocurren simultáneamente. En el instante en que abrimos nuestro ser a Él, somos introducidos en Él. Al instante en que somos separados de la ley, somos unidos a Cristo; de este modo, llegamos a ser uno con el Dios Triuno.

**Debido a que nosotros y Cristo somos uno solo,
todo lo que le pertenece a Él es nuestro;
mediante nuestra unión orgánica con Él,
somos partícipes de todo lo que Él es y tiene**

Debido a que nosotros y Cristo somos uno solo, todo lo que le pertenece a Él es nuestro; mediante nuestra unión orgánica con Él, somos partícipes de todo lo que Él es y tiene (Ef. 3:8). Somos uno con Él en Su resurrección y en Su ascensión. Todo lo que Él es, es nuestro. Algunos esposos y esposas no se conducen de esta manera, pero los verdaderos esposos y esposas viven de este modo. Lo que es de la esposa también le pertenece al esposo, y lo que es del esposo también le pertenece a la esposa. En esta unión orgánica con Él, todo lo que es de Cristo también es nuestro. Quizá nos preguntemos qué es lo que tenemos, pero debemos darnos cuenta de que Cristo necesita que le expresemos.

La ley tiene como fin perfeccionar el yo, el cual se opone a Dios. La gracia, mediante la fe, fortalece nuestra unión orgánica con Dios con la finalidad de que Cristo sea expresado. Esto cumple la economía de Dios.

**EN GÁLATAS 2:20 VEMOS LA VERDAD MÁS BÁSICA
CON RESPECTO A LA ECONOMÍA NEOTESTAMENTARIA DE DIOS:
YA NO VIVO YO, MAS VIVE CRISTO EN MÍ**

En Gálatas 2:20 vemos la verdad más básica con respecto a la economía neotestamentaria de Dios: ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí. Ahora llegamos a una experiencia más elevada. Cristo no vive solo, sino juntamente con nosotros. En este versículo vemos un viejo “yo” y un nuevo “yo”. “Con Cristo [yo] estoy juntamente crucificado” y “ya no vivo yo”; en este caso, los dos “yo” se refieren al viejo “yo”. Uno de nuestros lemas es: “Ya no vivo yo, sino Cristo”. Deberíamos cambiar esto y decir: “Ya no vivo yo, sino Cristo; no obstante, todavía vivo yo”. Si bien ya no vivo yo, sino que Cristo vive; no obstante, todavía sigo viviendo “yo”. “Yo” no he desaparecido, sino que he sido injertado en Cristo. Las dos expresiones: “la vida que ahora [yo] vivo” y “[yo] vivo en la fe”, ambas se refieren al nuevo “yo”. Este nuevo “yo” es el “yo” que se halla unido orgánicamente con Cristo. A este “yo” le ha sido añadido Dios. Este nuevo “yo” forma parte de la nueva creación y está unido a la descendencia de Abraham. Este nuevo “yo” debe permanecer siempre en unión con Cristo y nunca debe estar separado de Él. Siempre y cuando el nuevo “yo” esté en unión con Cristo y no haya

sido reducido a nada, separado de Cristo, entonces es un “yo” muy útil. Este “yo” contiene a Dios en él y expresa a Cristo para cumplir la economía de Dios.

Esta es la diferencia que existe entre el viejo “yo” y el nuevo “yo”. Ahora ya no tenemos nada que ver con el viejo “yo”. Nosotros tenemos el nuevo “yo”, y este nuevo “yo” está casado con Cristo, es decir, está unido orgánicamente a Cristo. Este “yo” tiene una sola vida con Cristo y un solo vivir con Él. En el viejo “yo”, no hay nada de Dios; pero el nuevo “yo” sí posee a Dios. El viejo “yo” se expresa a sí mismo; el nuevo “yo” expresa a Cristo. Ya no vivo yo, sino Cristo; no obstante, todavía vivo yo.

Según la economía de Dios, nosotros ya no deberíamos seguir viviendo; más bien, Cristo debe vivir en nosotros

Según la economía de Dios, nosotros ya no deberíamos seguir viviendo; más bien, Cristo debe vivir en nosotros. La economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado juntamente con Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección. El propósito que Dios tiene en Su economía consiste en que el Dios Triuno procesado se forje en nuestro ser para hacer de nosotros una nueva persona, un nuevo “yo”.

Como personas que han sido regeneradas, tenemos un viejo “yo” y un nuevo “yo”; el viejo “yo” ha llegado a su fin, mientras que el nuevo “yo” vive

Como personas que han sido regeneradas, tenemos un viejo “yo” y un nuevo “yo”; el viejo “yo” ha llegado a su fin, mientras que el nuevo “yo” vive. El “yo” que ha llegado a su fin es el “yo” que no tenía divinidad. El “yo” que sigue viviendo es el “yo” al cual Dios se ha añadido. En el viejo “yo” no había nada de Dios, mientras que el nuevo “yo” recibió la vida divina. El viejo “yo” ha llegado a ser el nuevo “yo”, debido a que Dios como vida ha sido añadido a éste. El nuevo “yo” es el “yo” que llegó a existir cuando el viejo “yo” fue resucitado y le fue impartido Dios.

Nosotros y Cristo no tenemos dos vidas; más bien, tenemos una sola vida y un mismo vivir

Nosotros y Cristo no tenemos dos vidas; más bien, tenemos una sola vida y un mismo vivir. Nosotros vivimos por Él, y Él vive en

nosotros (Jn. 6:57). Si nosotros no vivimos, Él no vive, y si Él no vive, nosotros tampoco podemos vivir. Cristo vive en nosotros al hacer y al permitir que nosotros vivamos con Él (14:19). Cristo vive por el Padre; Ellos tienen una sola vida y un mismo vivir. De igual modo, nosotros vivimos por Cristo, y Él vive en nosotros. Puesto que Él vive, nosotros también vivimos. Puesto que el olivo vive, nosotros —las ramas— también vivimos.

“Yo”, la persona natural, se inclina a guardar la ley a fin de ser perfecto, pero Dios desea que yo viva a Cristo a fin de que Dios sea expresado en mí por medio de Cristo; por tanto, la economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección

“Yo”, la persona natural, se inclina a guardar la ley a fin de ser perfecto (Fil. 3:6), pero Dios desea que yo viva a Cristo a fin de que Dios sea expresado en mí por medio de Cristo; por tanto, la economía de Dios consiste en que “yo” sea crucificado en la muerte de Cristo y que Cristo viva en mí en Su resurrección. No estamos aquí para perfeccionar nuestro “yo”, sino para expresar a Cristo. No estamos aquí para guardar la ley, sino para disfrutar a Cristo como gracia. Así como la ley nos distrae del Hijo de Dios, la fe nos une al Hijo de Dios y fortalece nuestra unión orgánica con Él.

La vida cristiana no consiste en llevar una vida ética en la cual intentamos mejorarnos, ni tampoco consiste en llevar una vida ascética en la cual nos esforzamos por aniquilar nuestro yo. La vida cristiana es un vivir injertado, en el cual Cristo vive en nosotros y nosotros vivimos en Él. Ésta es la verdadera victoria y equivale a reinar en vida. Reinar en vida fue el enfoque de la última conferencia dada por el hermano Lee, la cual está publicada en el libro *La experiencia de la salvación orgánica de Dios equivale a reinar en la vida de Cristo*. Cuando el hermano Lee tocó este punto, dijo: “Soy como una grabadora que habla por el Señor una y otra vez. Verdaderamente espero que cuando yo hable, otros sean grabadoras” (pág. 53). Seamos las grabadoras, aquellos que hablan sobre la vida injertada en la unión orgánica que tenemos con Cristo. Día tras día nosotros vivimos, y a la vez, día tras día es Cristo quien vive. “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a Sí mismo por mí” (Gá. 2:20) —A. Y.